

presarse? Así me parece. De ahí que haya insistido en el asunto en el presente párrafo.

A 7 de abril de 1913, es decir, cuando la escritora prodigio, tenía once años escribe estas palabras grávidas de noble ambición profesional: «Si pudiese ser un día artista! Si llegara a escribir sólo la mitad de lo que Mamá ha logrado en escultura, sería ya bello!» Hay en estas frases, que he traducido literalmente, una madurez espiritual bastante poco común. Son el índice de un alma preocupada por la belleza literaria. No podía ser de otro modo, puesto que su hogar era el sitio del arte más duradero: la escultura.

Muchas consideraciones de orden sentimental, se podrían agregar. Pero no es necesario. Es triste constatar que una escritora de tantas dotes, haya muerto, en la edad en que otros se inician en la carrera de las letras.

Dejó de vivir a los veinticuatro años; dejó pruebas claras de su talento en dos libros, y dejó la esperanza trunca de quienes le deseaban una dilatada labor estética.—*Norberto Pinilla.*

NOVELA

DE REPENTE, de *Diego Muñoz* (1).

Diego Muñoz es sin duda ese «enfermo de malaria que guardará las puertas», de que nos habla Pablo Neruda en su «Colección Nocturna».

«Cualquiera noche es mejor que el más bello día», dice uno de sus personajes, y de toda la obra de este autor se desprende una evidente sensación nocturna.

¿Qué sucede en «De Repente»? Muy poca cosa. Los habitantes de una pobre Casa de Pensión, se ponen en contacto con el lector, a través de la prosa ágil, a ratos humorística, de Diego Muñoz. El diario vivir de unos pobres diablitos: un músico expulsado de un regimiento, y que sólo ejecuta en su violín,

(1) Editorial «Zig-Zag», Santiago de Chile.—1933.

marchas militares; un poeta borracho y enamorado; la hija de otro personaje; la empleada de la Pensión; un viejo que sólo sabe dormir su borrachera, etc...

Diego Muñoz, nos presenta su personaje central—José Gilvo—por medio de diálogos que éste sostiene consigo mismo:

«Respiré con fuerza, roncando como un tambor; abrí el ojo izquierdo; después el otro, y me estiré lo más que pude.

—¿Dónde estoy?

—En mi cuarto.

En seguida procedí a saludarme:

—Buenos días, José:

—¡Hola! Buenos días, José Gilvo. Yo mismo soy José Gilvo».

Este mismo procedimiento, pero a veces con fines más trascendentales, es el que usan algunos expresionistas alemanes, como Alfredo Döblin, con su Francisco Bieberkopf, el personaje de «Berlín, plaza de Alejandro»; y sobre todo Alberto Ehrestein, en «Tubutsch», obra con la cual tiene la presente cierto parecido.

El autor logra interesarnos con cada uno de sus personajes, pero especialmente con José Gilvo, el más inofensivo y cómico, y de quien el autor nos habla en primera persona:

—¿Quién diablos maneja la fortuna tan injustamente?—dije.

Después de pensar un rato me lancé una amenaza, que jamás pensé realizar, con el solo objeto de atemorizarme.

—¡De repente me voy a matar!—dije con rabia.

Apreté los puños y una cólera mordiente me abrió los ojos hasta dejármelos enormes.»

José Gilvo, goza, hablando consigo mismo y viéndose vivir; a ratos se observa como a un juguete de curioso mecanismo:

«Al comienzo me fundí completamente en las sombras, pero, poco a poco, fui distinguiéndome a mi mismo y terminé, finalmente, por ver casi con claridad mi mismo cuerpo. Observé que bajando la vista al mismo tiempo que cerraba un ojo, veía perfectamente mi nariz. En esta tarea estuve ocupado mucho tiempo, me parece.»

«Dí unos paseos innumerables por nuestra habitación y al cabo de mucho tiempo, por entretenerme, traté de imaginar

cómo habría quedado la vieja alfombra si la suela de mis zapatos hubiese llevado cal.»

Tiene conciencia de todas sus incapacidades y torpezas, y esto lo perjudica, indudablemente. «Verdaderamente, no sabía tratar con los niños. Le dije de un golpe todo lo que se me ocurrió y después no hallé que agregar:

¿Cómo te va, Yuco? ¡Qué elegante estás! Buenos días. ¿Te gustan los dulces? Buenos días, Yuco.»

Toda la novela está tejida con elementos menores de la vida diaria, bajo techo; con agudas sensaciones de cosas y una gran facilidad para captar los pequeños detalles; los movimientos reflejos del hombre, las vivencias insignificantes de algunos animales domésticos, las gallinas y las moscas, por ejemplo; sobre todo las moscas.

«Una mosca se posó sobre mi brazo izquierdo. La miré malignamente y descargué sobre ella un golpe que la habría reventado. Pero el bicho saltó alegremente, con visibles deseos de iniciar un juego pueril. Esta insolente pretensión me encolerizó en forma extraordinaria y dí un salto tras ella para alcanzarla; pero ya la mosca iba lejos, dando una graciosa vuelta, irónica y feliz. Feliz como una mosca.»

«Pablo se rió con grave alegría, feliz, (feliz como una mosca)...»

A ratos, una imagen sorprendente, enriquece la página.

«El sol se revolcaba en el tejado como un caballo que acaban de soltar en el campo, y en el interior de casi todas las habitaciones, se oían pasos muy conscientes.»

«Lejos, muy lejos, se estiró largamente el pitazo de una locomotora.»

Diego Muñoz relata con gran espontaneidad, sin darse importancia. Al iniciar el capítulo, nos confiesa: «Me fatiga ya relatar estas cosas». Sin embargo su novela se lee con gran facilidad, y presenta algunos méritos indiscutibles y promisoros; sobre todo en la facilidad con que maneja el diálogo, dándole un gran interés, sin llegar a lo teatral.—*Juan Uribe-Echevarría.*